

sufren de este órgano esencial no tardan en volverse insoportables y en tener un carácter atrabiliario. La calidad del jugo gástrico es el secreto de los buenos caracteres. Desde este punto de vista he comenzado una historia de Napoleón.

—Sería muy interesante. Pero, ¿cómo arreglarnos para conocer el estado de los molares de Anatolio?

## II

El señor Minardel sostuvo algún tiempo la cabeza entre sus manos, no como San Dionisio, que sin duda padeciendo reuma, prefería bajar la cabeza a subir las manos. ¡Simple cuestión de gusto! El doctor no era tan pretencioso y lo hacía como todo el mundo.

—Será preciso — dijo con calma, — hacer ejecutar al futuro de vuestra encantadora Berta algún movimiento involuntario que le obligue a abrir la boca de par en par, el tiempo preciso para echarle una rápida mirada.

—¿Una buena eucharada de caldo hirviendo?

—Eso sería inhumano. Y además, con el desbordamiento del caldo, no se vería nada.

—Se puede hacer una partida de juegos inocentes y darle por penitencia que enseñe las muelas.

—Eso aburre demasiado. Fisiológicamente, los dos casos en que la boca se abre con espontaneidad, son la risa estrepitosa y el bostezo. Podemos recurrir a uno de los dos.

—Excelente idea — respondió la señora Chapelard.

Y, dirigiéndose a su marido, le dijo:

—Conversa mañana con él bastante rato.

—¿Para qué?

—Para hacerle bostezar. Si no lo consigues, lo cual me admirará, yo trataré de hacerle reír.

—Y bostezando usted ostensiblemente — añadió Minardel, — puede lograr un efecto nervioso de simpatía, lo que llamamos nosotros una acción refleja. Durante este tiempo vuestra señora estará en acecho, y en el momento en que Anatolio siga el ejemplo, entonces se aproxima para verle las muelas.

Así conspiraban aquellas malas gentes, en tanto que el inocente Anatolio, muy enamorado de Berta, pero enamorado con tranquilidad, como hombre que no conoce el amor más que en su parte casta, se entretenía en pescar para obsequiar así a su futuro suegro.

Cuando a las seis de la tarde se presentó triunfalmente con su freseobotín, la señora Chapelard le dijo con mucha amabilidad pesando la repleta bolsa de malla:

—Mi querido señor Pércrol, venga usted mañana por la noche a to mar una taza de té. Estaremos algunos amigos.

Y Anatolio, radiante de placer, pensaba, yéndose con la bolsa vacía:

—¡La veré con su trajecito de calados!

## III

Como acabo de decir, el programa de la familia Chapelard, era doble. Se trataba de una comedia en dos actos. Berta no estaba prevenida; quería demasiado a Anatolio y hubiese podido ponerle en guardia. Sola en aquel mundo de conspiradores, era tenida por tan inocente como su blanco traje de calados. Era rubia y de carnes muy sonrosadas, lo bastante gruescita para